Toledo

ACUARELAS DE VIAJE

Ilustraciones: Luis Ruiz Padrón
Textos: Pepo Paz Saz



ANAYA
TOURING

Toledo

ACUARELAS DE VIAJE



Puerta de Bisagra

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 4

«Toletum»: el legado romano 16

La huella visigoda 22

«Tulaytula»: la Toledo andalusí 28

La Catedral Primada y sus alrededores 42

La judería 49

El Toledo íntimo: patios, palacios y conventos 60

Toledo extramuros 74

Toledo contemporáneo 86

GLOSARIO 92

BIBLIOGRAFÍA 94

El intrincado y desigual callejero toledano está repleto de placas que remiten a historias curiosas, personajes olvidados o actividades perdidas: Callejón del Diablo, calle del Hombre de Palo, callejón del Capricho, calle del Locum o calle Sola.



me fijé en un restaurante cerrado a cal y canto al que la indolencia de la hiedra amenazaba por devorar. Mis ojos se detuvieron en su nombre y fue entonces cuando recordé aquella jarrita de barro esmaltado que vigilaba las tardes de mi infancia desde la vitrina que ocupaba una de las paredes de la estancia donde estaba el mueble-cama en el que dormía.

Aquella vitrina contenía una considerable cantidad de botellas en miniatura con licores y otras bebidas espirituosas que habían coleccionado mis padres durante años. Algunas todavía estaban envueltas en celofanes de colores como pequeñas cuentas de un tesoro por descubrir. Junto a las botellitas se alineaban, azarosamente, dos o tres pequeñas jarras de barro con una leyenda grabada en su panza. En una de ellas pude leer durante todos los días de aquel tiempo nebuloso un mensaje que ahora cobraba sentido: «Robado en restaurante *La Cubana,* Toledo». El mismo que contemplaba frente a mí como quien se despereza tras un largo sueño.

La frase era el *Macguffin* hitchcockiano de mi historia. «Robado en restaurante *La Cubana,* Toledo» repetía, ensimismado, mientras albergaba una duda creciente: ¿la memoria personal es fruto de nuestras propias experiencias o una suma de elementos que se integra con lo que alguna vez nos contaron y escuchamos o leímos o creímos ver?

Busco en el ordenador una entrevista que le hicieron hace años a Jorge Luis Borges acerca de su propia existencia y, luego, transporto la carga del sujeto del célebre escritor argentino a la ciudad milenaria: ¿existe Toledo? Es una pregunta a la que podría responder, parafraseando al ciego ginebrino, «no estoy seguro de que exista, en realidad». Porque... ¿a qué Toledo me refiero?, añadiría de seguido. Toledo son todos los autores que han escrito y leído sobre ella, todos sus pintores y cineastas, los hombres y las mujeres que la han amado y han amado entre sus callejuelas y vericuetos a la penumbra de las centurias. Toledo es, para mí, «todas las ciudades que he visitado, todos mis antepasados...». Es el elogio de la ciudad soñada por aquellos que alguna vez la habitaron construyéndola, desde los primitivos pobladores del Cerro del Bú a nuestros días.

Maneras de mirar

«*Seeing comes before words*» afirmaba John Berger («La mirada antecede a las palabras» la traducción es de la poeta Rosana Acquaroni). Viajé a Toledo en busca de su esencia, de un sueño, de una urbe que ya no existe. Viajé a la antigua capital visigoda para mirar y ser otra persona. He visitado sus templos supervivientes (vestigio de los diferentes credos), los palacios convertidos en museos, he descendido hasta sus entrañas, origen de leyendas, en busca de termas, cloacas cegadas y pozos ocultos. Contemplé sus pardos tejados desde las alturas de la iglesia de los jesuitas y me he aupado sobre ella abismándome en los balcones del Alcázar. Me ha ensordecido el eco de sus campanarios:

Puerta de Bisagra (vista interior)

Desde el mirador en que se convierte la calle Real del Arrabal sobre el barrio de la Antequeruela, la Puerta Nueva de Bisagra ofrece un aspecto diferente con sus dos torreones cuadrados rematados por tejados piramidales (de tejas cerámicas de color verde y blanco).

aturdido por su grandeza me he sumergido en el estudio de eruditos que desconocía y he releído a Garcilaso, a Cervantes, a Tirso de Molina; he vuelto a visionar, con la mirada del presente, al Buñuel de *Tristana*. Me he empapado de la antropología toledana de la mano de Julio Caro Baroja y he reflexionado con Marañón sobre el Tajo y su protagonismo de nexo ibérico (tan dejado de la mano de Dios y de los que nos gobiernan en bucle desde siempre).

He sido turista entre los turistas; lazarillo entre los mendicantes de nuevo cuño e idéntica escasez. Desdeñoso de las nuevas tecnologías me he perdido bajo las naves de la Catedral, caja de resonancia de conversaciones, plegarias y pasos anónimos. He creído transitar en silencio, tan solo perseguido por el zureo inmisericorde de las palomas, por los callejones y adarves que alguna vez cruzaron María Pacheco, Gustavo Adolfo Bécquer, Teresa de



Armadura, arnés de justa y barda del Duque de Alcalá de los Gazules (siglo XVI). Museo del Ejército.



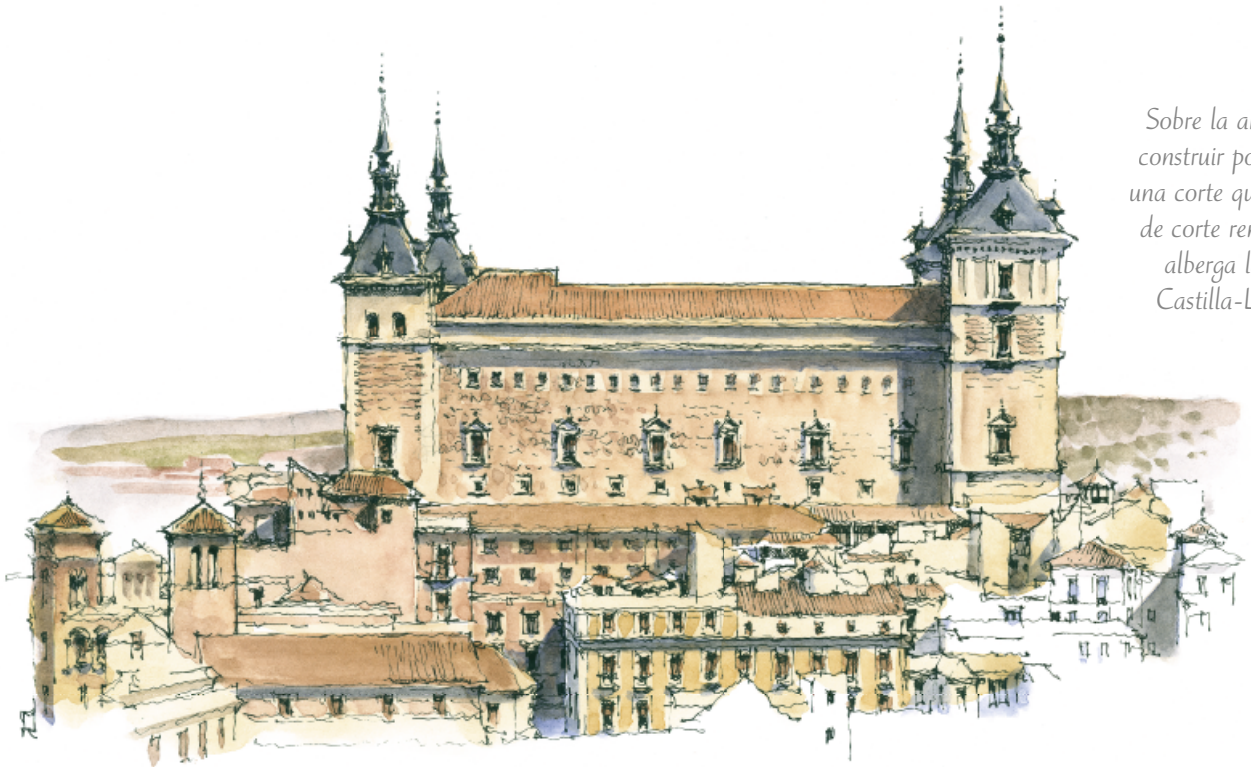
Aunque antaño llegar desde Madrid hasta Toledo en diligencia (primero) o tren (después) había constituido en sí mismo un anhelo exótico y no exento de peligros para los aventureros que acudían al calor de la fama de la urbe, ya en el siglo XXI la puesta en marcha en 2005 del servicio de alta velocidad entre Atocha y la capital toledana acabó de acercar definitivamente ambas ciudades en un trayecto que dura apenas 25 minutos.

La lógica de la globalización impuso sus claves: si el viajero toma el primero de los convoyes matinales compartirá vagón con un buen número de somnolientos funcionarios y trabajadores que acuden cada jornada a sus empleos. Muchos continúan su camino en cualquiera de los autobuses que salvan el Tajo por el puente de Azarquiel y conectan la estación con la plaza de Zocodover en pocos minutos para disolverse, como por ensalmo, por las callejuelas anejas en un santiamén. Si, por el contrario, el pasajero agenda los horarios de apertura de museos e iglesias toledanos y aborda algún tren posterior coincidirá con un ejército babélico de turistas ansiosos por peregrinar a la ciudad de los prodigios. Serán los mismos que regresan cada tarde, exhaustos tras subir y bajar cuestas, desenlatar monumentos, sortear tentaciones en forma de bocadillos de jamón o artesanías herederas de la serie *Juego de Tronos,* en vagones donde se aplaca el entusiasmo mañanero con una cabezadita o mientras se revisan los selfis del día en el dispositivo móvil.

Decíamos que la lógica de la globalización había impuesto sus liturgias a los visitantes. Al Toledo actual lo acecha el peligro de convertirse en un parque temático en el que cada iglesia, cada museo y cada pieza de mazapán sea una atracción de pago. Así que no es difícil encontrarse a los visitantes dudar a la puerta de espacios imprescindibles como la desacralizada Iglesia de San Román, actual Museo de los Concilios y la Cultura Visigoda, mientras afirman sorprendidos... «¿El acceso es gratuito? Si cobran por entrar a todo».

«Todo» significa aquello que el turista encontrará accesible con un horario de visitas porque Toledo es, a la vez, una ciudad hermética que si a principios de su historia era loada por su condición inexpugnable en los escritos de geógrafos y cronistas, en nuestros días conserva una personalidad introvertida, de puertas adentro, seguramente heredera de sus 347 años de integración en al-Ándalus y de los muchos siglos en los que la clausura de las órdenes religiosas y los cardenales primados la convirtieron en faro espiritual de la civilización occidental.

Las parroquias, que fueron y son numerosas y dependen de la archidiócesis, abren media hora antes del oficio litúrgico diario, es decir, para alimento de las almas y no de los turistas. Palacios nobiliarios y patios toledanos sufren similar cerrojazo y, en la mayoría de los casos, habrá que esperar ocasiones especiales —hablo de recepciones oficiales, de rehabilitaciones de edificios a cargo del Consorcio, de las fiestas del Corpus Christi y su concurso floral o de algunas actividades del festival Voix Vives— para poder acceder a los mismos y disfrutar de su rancio recogimiento.



Alcázar

Sobre la antigua alcazaba medieval y mandado construir por Carlos V como futura residencia de una corte que nunca llegó a habitarlo, este edificio de corte renacentista –reconstruido varias veces– alberga las instalaciones de la Biblioteca de Castilla-La Mancha y el Museo del Ejército.

No hay que desesperar: siempre habrá alguna excepción que confirme la regla y en el caso de los patios podremos echar un vistazo, fugaz si se me permite, al del Archivo Histórico Provincial de la calle de la Trinidad, al del Centro Cultural San Clemente o al del Albergue Cardenal González Martín (en la calle de los Aljibes). Por último ¿qué decir de los apreciados cigarrales herederos de las almunias del Toledo andalusí? Estas pretéritas fincas de recreo que se sitúan al otro lado del río Tajo han recuperado un inusitado esplendor de un tiempo a esta parte. Muchos establecimientos hoteleros han abierto sus puertas en las alicaidas haciendas o se han reconvertido en exclusivos restaurantes y salones para celebraciones. Y en sus escarpadas laderas a veces se guarecen del riguroso clima toledano algunos viñedos. Ineludible dar la vuelta al valle.

«Toletum, caput Carpetaniae»

Plinio el Viejo se refirió a Toledo en el siglo I d. C. como «cabeza de la Carpetania», cuando por el territorio de Hispania se habían impuesto a golpe de espada y alianzas la *Pax Augusta* y la consiguiente romanización, momento en el que los historiadores especulan con que la ciudad alcanzó el estatus de municipio. Con todo, poco se sabía del pasado romano de Toledo hasta los años ochenta del siglo pasado. La falta de prospecciones y campañas arqueológicas, el descuido de las administraciones locales y las dificultades intrínsecas para excavar de manera sistemática en el solar urbano hacían que se dieran por buenas teorías que se apoyaban en elucubraciones de siglos anteriores, sin mayor base científica.

La huella visigoda

Érase una vez la capital de un reino del que más allá de sus actas conciliares (asambleas convocadas por el rey y presididas por el obispo de mayor rango) apenas quedan vestigios arqueológicos y el eco de leyendas, tesoros y reliquias que nunca nadie encontró. ¿Nunca? Bueno, casi nunca porque sí hubo un ajuar escondido en dos sepulcros y que fue expoliado en el ecuador del siglo XIX. Hablamos del de Guarrazar, descubierto en 1858 por un vecino de la localidad de Guadarmur (a 15 km de la capital en dirección a Polán), en los terrenos que ocupara la iglesia del Monasterio de Santa María de Sorbaces.



La avaricia llevó al responsable del hallazgo a desmantelar parte de las alhajas y venderlas a obradores de platería de Toledo lo que puso sobre la pista a los saqueadores de lo ajeno. El expolio acabó con parte del tesoro (seis cruces y ocho coronas votivas) adquiridas por el gobierno francés. Solo en 1941 se logró revertir en parte esa venta ilegal. Hubo un segundo hallazgo en 1869 que corrió suerte parecida: fue troceado y puesto en el mercado. Otra parte sería donada a la monarquía española ante la imposibilidad de vender las joyas aunque desapareció en 1921 en un robo que tampoco se llegaría a aclarar.

El tesoro de Guarrazar se encuentra hoy repartido en tres sedes: por un lado, el Museo Arqueológico Nacional (MAN); por otra, en el Palacio Real (ambas en Madrid). La de la vergüenza permanece en el Musée National du Moyen Age, en París. Entre las piezas del MAN destacan dos brazos de una cruz procesional de oro y gemas, y la corona votiva del rey Recesvinto (649-672), de la que penden las letras con su nombre como oferente. Tiene un significado especial ya que fue, posiblemente, el último monarca del momento de máximo esplendor del reino hispano-visigodo.

El viajero que recorra las calles de la milenaria ciudad en busca de la huella de aquellos dos siglos tiene una parada obligada en el Museo de los Concilios y de la Cultura Visigoda, sito en el antiguo templo de San Román, desacralizado a mediados del XIX y declarado Monumento Histórico-Artístico en 1931. Aunque se especula sobre sus orígenes romanos e incluso godos parece que también se empleó como mezquita y está documentada como iglesia latina a principios del XII. La tradición cuenta que en ella se hizo proclamar Alfonso VIII como heredero del trono de Castilla en el año 1161. En San Román hay una reproducción exacta del tesoro de Guarrazar y se hace un detallado recorrido por la vida cotidiana de la dinastía centroeuropea a través de los objetos hallados en las excavaciones de buena parte del territorio visigodo, desde broches domésticos a sarcófagos paleocristianos.

A los descubrimientos en la Vega Baja hay que añadir la ingente cantidad de relieves que adornan algunos edificios del Casco, desde los de la fachada de las Cuevas de Hércules a los que asoman en la torre de San Salvador, pretérita mezquita que cuenta además con una pilastra visigoda bellamente esculpida. No es tampoco extraño encontrar capiteles visigodos reutilizados, como los de la Ermita del Cristo de la Luz o del mismo San Román, entre otros.



Interior Museo de los Concilios y de la Cultura Visigoda

La decoración de sus arcos de herradura con alfiz remite a la mezquita cordobesa y sus pinturas románicas confirman a la de San Román como uno de los lugares indispensables en Toledo.

Iglesia de San Román

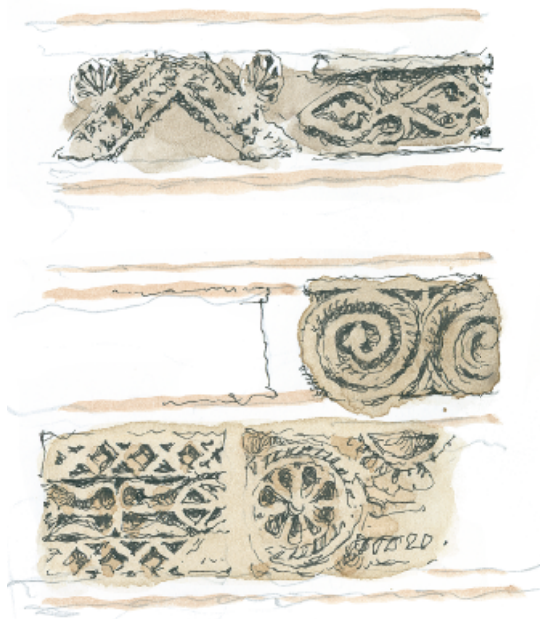
Pretérito templo visigodo, mezquita e iglesia mudéjar, la de San Román es un edificio desacralizado que funciona como Museo de los Concilios y de la Cultura Visigoda junto al convento de San Clemente y la plaza de Padilla.





Capiteles visigodos

La reutilización de restos escultóricos era habitual en la reconstrucción o adecuación de edificios religiosos a los nuevos credos dominantes: se puede comprobar en el empleo de capiteles visigodos en la Ermita del Cristo de la Luz o las iglesias de San Román o San Andrés.



Relieves visigodos

A falta de otros materiales buenos son los relieves: eso debieron de pensar los constructores andalusíes que emplearon estas piezas visigodas en numerosos edificios posteriores. Dan fe los que adornan la fachada de las Cuevas de Hércules o el antiguo alminar de San Salvador. En las ilustraciones: relieves de San Ginés (a la izquierda) y de San Bartolomé y Santo Tomé (respectivamente, ilustración superior derecha e ilustración inferior).







Mezquita-iglesia del Salvador

En opinión de alguno de los estudiosos más destacados, como Pedro de Palol, esta pilastra es la pieza de escultura figurada hispanovisigoda más antigua. En una de sus caras están esculpidas cuatro escenas del Nuevo Testamento. Se descubrió a finales de la década de los cuarenta.



Baño de la Cava

La leyenda sitúa en este torreón de origen islámico la violación de Florinda la Cava, hija del conde don Julián, que desató la incursión de Tariq y la caída final del reino de Toledo.





Iglesia de las Santas Justa y Rufina

Ubicada en la calle de La Sal, cerca de la plaza de Zocodover, en una de las últimas restauraciones del templo apareció en su fachada principal una columna de origen visigodo junto a restos del primitivo ábside. Dedicada al culto mozárabe, algunas fuentes la vinculan al primitivo arrianismo visigodo.

«Tulaytula»: la Toledo andalusí

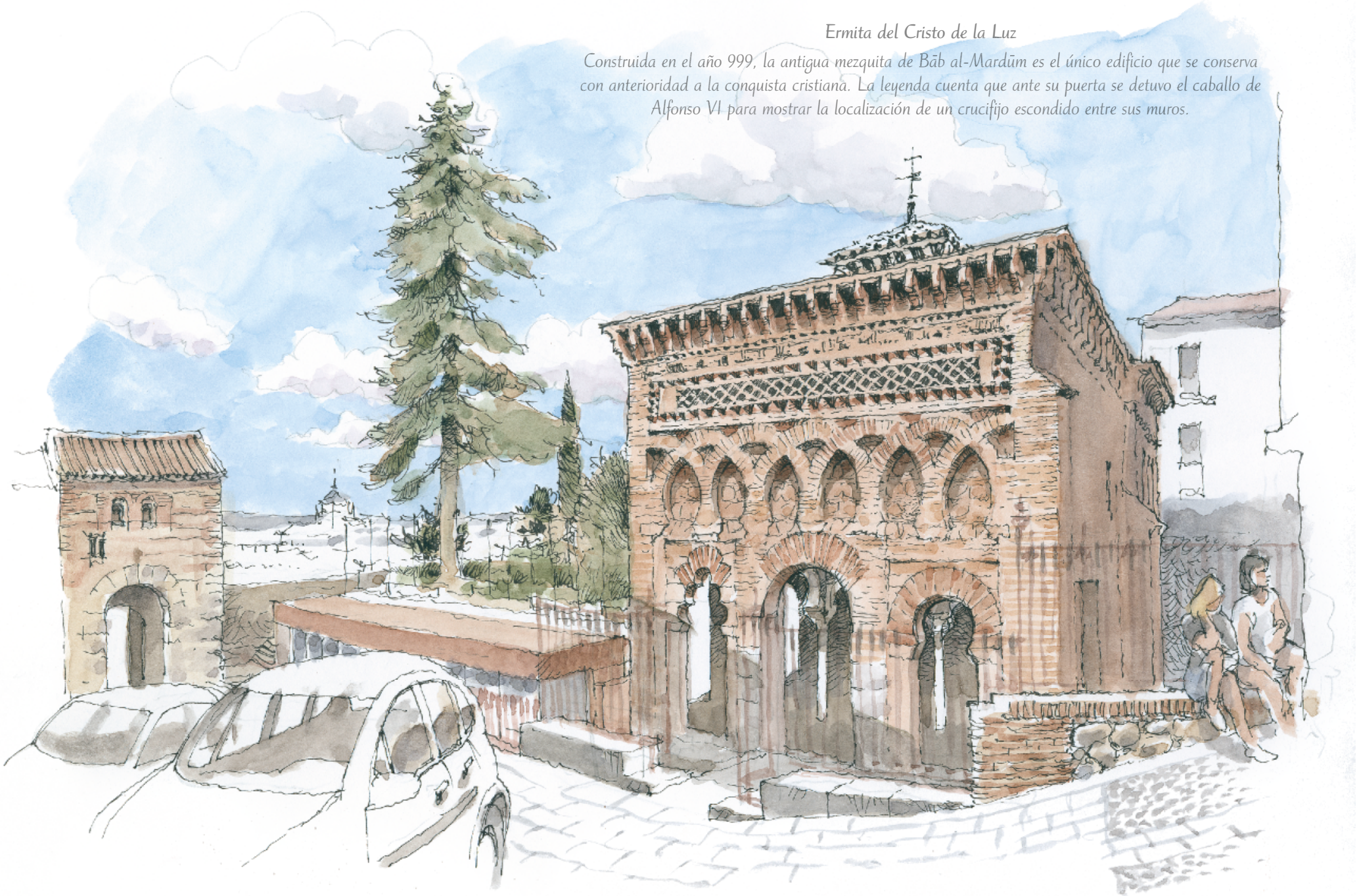
Los estudiosos admiten que Toledo se habría convertido al credo mayoritariamente islámico entre finales del siglo IX y el mes de mayo del año 1085, fecha en la que los cronistas musulmanes señalan el pacto de la entrega de la ciudad que acordaron su último rey bereber, Yahya al-Qadir, y Alfonso VI. Entre dicho pacto y la entrada a caballo del rey leonés bajo la Puerta de Bāb al-Mardūm transcurrieron veinte días, el margen suficiente para que los musulmanes que no quisieran vivir bajo mandato de un monarca cristiano pudieran abandonar la ciudad o se convirtieran. Veinte días y un milagro: el del caballo de Alfonso VI hincando su rodilla en una losa blanca para indicar la posición exacta de un Cristo en los muros de la mezquita más antigua de *Tulaytula*. Una imagen de culto que, alumbrada por una lamparilla de aceite, habría pasado casi cuatro siglos en su hornacina a la espera de la conquista cristiana.



Fueron, por lo tanto, 374 años de cultura andalusí que bien podrían haber dejado una impronta relevante en Toledo y, sin embargo, a los historiadores les ha costado (y cuesta aún) pelear contra el estigma. Si emires, califas y reyezuelos habían desleído la huella visigoda de dos siglos sobre el perfil urbano de la urbe, no iba a ser menos la inquina de quienes tomaron las riendas de la fe y el poder político en los reinos cristianos tras la derrota definitiva del reino nazarí granadino. Fue en el año 1572, bajo reinado de Felipe II, cuando Juan Gutiérrez Tello —corregidor de Toledo— mandó sustituir todas las inscripciones islámicas que pervivieran en puertas y edificios de la ciudad.

Frente al fundamentalismo, la arqueología vino a salvar la memoria de *Tulaytula*. Y de un tiempo a esta parte se han ido recomponiendo las piezas de una etapa de luces y sombras que, poco a poco, se incorpora a los libros de Historia. Esos mismos que hasta hace no mucho habían convertido el periodo hispano-musulmán en un pozo amargo.

Hoy en día se elogia la indoblegable rebeldía toledana frente al poder omeya cordobés, las sucesivas revueltas que convirtieron durante años y años a Toledo en la urbe más levantisca de al-Andalus, se alaban los logros alcanzados en materias como filosofía, ingeniería, astronomía y botánica. Se loa a sus poetas y jardineros. Y se pueden admirar las trazas de aquella época que emergen tras siglos de negar la mayor: sobre un entramado callejero que evoca el de otros conjuntos urbanos andalusíes se planifican visitas a los baños árabes, los estudios de la arqueología arquitectónica que datan muros, arcos, pilares y alminares (en templos como los de San Salvador, San Sebastián, Santas Justa y Rufina, Santiago del Arrabal, San Andrés o San Bartolomé) desvelan parte de sus orígenes y cómo la arquitectura islámica toledana desarrolló un lenguaje propio a partir del uso del ladrillo que fue empleado por los cristianos durante los siglos posteriores. Se discute abiertamente sobre el significado de los restos de los palacios que afloran en los claustros monacales y, desde que se tomó como una disciplina en el siglo XIX, el estudio de la epigrafía árabe humaniza a los innombrables.

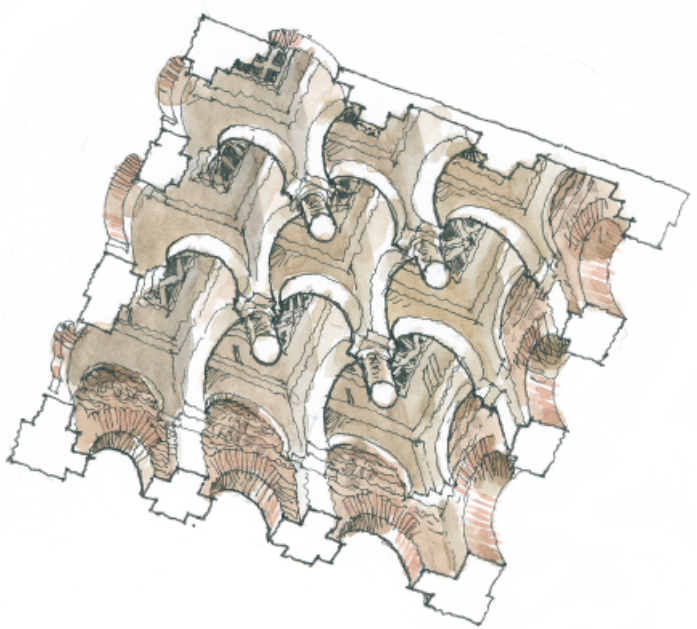


Ermita del Cristo de la Luz

Construida en el año 999, la antigua mezquita de Bāb al-Mardūm es el único edificio que se conserva con anterioridad a la conquista cristiana. La leyenda cuenta que ante su puerta se detuvo el caballo de Alfonso VI para mostrar la localización de un crucifijo escondido entre sus muros.

Detalles del interior del Cristo de la Luz

Tras la conquista cristiana el templo fue cedido a la Orden de San Juan, que realizó diversas reformas (ábside, frescos e inscripciones decorativas en caracteres cúficos, sin significado). Dichas intervenciones no afectaron a las bóvedas de crucería califal, arcos de herradura y pilares visigodos.





Noria del parque de Safont

En 1994 el ayuntamiento proyectó un parque al otro lado del puente de Azarquiel en el que se rindiera homenaje a los azudes y norias que convirtieron durante siglos la Vega Alta en la despensa vegetal toledana. La Noria de Safont, averiada desde hace décadas, queda ahí como una muestra varada en el tiempo.





Puerta de Alcántara

Con su típico arco de herradura sustentando el vano principal entre dos torres almenadas y construida con sillares y aparejo de ladrillo, fue el principal acceso a la medina por el flanco oriental desde el siglo x. Destaca la entrada en recodo característica de la arquitectura militar musulmana.

La Catedral Primada y sus alrededores

Intemporal, laberíntica, sosegada y fascinante, la capital castellano-manchega es una babel de edificios y tejados donde se superponen estilos arquitectónicos y seculares maneras de ordenar la vida y el espíritu gobernados por el faro de la torre catedralicia desde hace cinco siglos.

Toledo es una ciudad a la que se vuelve, una y otra vez, como a las páginas de un libro sagrado. Y aunque las maneras de emprender cualquier recorrido por el Casco se diversifican a la misma velocidad con la que los guías desdoblan sus propuestas culturales, lo cierto es que aquí todos los caminos conducen a la Catedral Primada.



Procesión del Corpus Christi

Puede el visitante, si llegó en tren, tomar la dirección del puente de Alcántara subiendo luego hacia el Miradero o el Museo de Santa Cruz; puede, alternativamente, seguir la Ronda de Toledo hasta la Virgen del Valle y el puente de San Martín; si le apuran las prisas utilizará las escaleras mecánicas de Recaredo. Una advertencia: viajar con prisas a Toledo es un pecado venial. Podría, si el tiempo le es propicio, traspasar a pie el umbral del arco de Alfonso VI y trepar hacia Zocodover; o, si vino en coche, utilizar el aparcamiento del Corralillo de San Miguel. Insisto: se camine por la bulliciosa rúa del Comercio hacia Cuatro Calles y Chapinería; se rodee por la plaza de la Magdalena y Tornerías, o se descienda por Trinidad, todos los itinerarios le conducirán frente a la fachada del templo primado.

«Comenzaba a amanecer cuando Gabriel Luna llegó ante la catedral. En las estrechas calles toledanas todavía era de noche. La azul claridad del alba, que apenas lograba deslizarse entre los aleros de los tejados, se esparcía con mayor libertad en la plazuela del Ayuntamiento, sacando de la penumbra la vulgar fachada del palacio del arzobispo y las dos torres encaperuzadas de pizarra negra de la casa municipal, sombría construcción de la época de Carlos V». Así comienza de *La catedral,* novela ambientada en Toledo que el valenciano Vicente Blasco Ibáñez publicó en 1903. No encontrará el lector mejor guía catedralicia que ese primer capítulo. De su fachada, desmenuzada con primor, de su claustro —con los frescos de Bayeu y Salvador Maella—, del altar mayor y, sobre todo, de la respiración del templo.

Vista desde el cielo, usando la aplicación de *Google Earth,* la Catedral toledana parece una extraña con planta de cruz latina injertada en el corazón de la ciudad. Rodeada de angostos callejones la inmensidad de sus naves empequeñece a la plaza Mayor, espacio donde se yergue desde finales del XIX el Teatro de Rojas Zorrilla. Entre este y la Posada de la Hermandad (que fuera construida durante el reinado de los católicos Isabel y Fernando) se interpone el mercado de abastos. Hace insustancial a esta plaza y disloca a la del Ayuntamiento, un trapezoide en cuyos lados se levantan el consistorio, de factura herreriana, y los palacios de Justicia y el Arzobispal (este último unido a la Catedral por un monumental cobertizo, el Arco de Palacio). Desde 2016 a los pies del consistorio asoma la escultura de Cristina Iglesias.





Catedral de Santa María

La particularidad de su fachada principal es que no sigue el canon del estilo gótico: una sola torre, conocida como de las campanas y, sobre sus tres puertas, el típico rosetón ocupado a medias por la escenografía de la Santa Cena. A la derecha, el cuerpo de la capilla mozárabe.

Transparente de la Catedral

Situado en la parte posterior del altar mayor, fue realizado por Narciso Tomé entre 1721 y 1732 en estilo churrigueresco. Bajo un ventanal abierto en una de las bóvedas, el conjunto es un retablo en dos piezas esculpidas en mármol de Carrara sobre la tumba del cardenal Diego de Astorga y Céspedes.



Puerta del Mollete y calle Arco de Palacio

A través de la Puerta del Mollete se accedía directamente al claustro catedralicio. Situada a la derecha de la torre, recibe su nombre del panecillo que se repartía a los feligreses que lo demandaban. El Arco de Palacio es un «cobertizo» que enlaza el Palacio Arzobispal con la Primada.





Plaza del Ayuntamiento y Palacio Arzobispal

Es uno de los lugares de encuentro de Toledo. Frente a la fachada de la Catedral se encuentra el edificio del Ayuntamiento, de traza herreriana, y a su lado el Palacio Arzobispal, una donación de Alfonso VIII al arzobispo Jiménez de Rada. Destaca su monumental portada, obra de Alonso de Covarrubias (siglo XVI).

Teatro de Rojas

La plaza Mayor de la ciudad acoge en uno de sus laterales el que fuera centro de la vida escénica y carnavalesca de Toledo. Este coliseo, construido por iniciativa municipal, se inauguró el 19 de octubre de 1878 y se convertiría en el centro cultural de la burguesía toledana.



Corral de Don Diego

Los historiadores de la ciudad sitúan en este lugar la alcaicería islámica. Su característica portada, que ahora da acceso a un patio interior repleto de terrazas, alude a la figura de Diego García de Toledo, portero mayor de Enrique II de Castilla, quien fuera su propietario a principios del siglo XIV.



Posada de la Hermandad

A espaldas del edificio catedralicio, entre las calles del Locum y de Sixto Ramón Parro, se encuentra este edificio que data de los tiempos de los Reyes Católicos. En la actualidad alberga una colección municipal dedicada a catapultas y otras máquinas de torsión.





Travesía del Arquillo del Judío

Ubicada frente a la actual plaza del Sofer, en cuyo subsuelo se localizan restos que se creen pertenecen a la sinagoga del mismo nombre, el arquillo es una reconstrucción del que fuera demolido en el siglo XIV en uno de los asaltos a la judería mayor.





Calle de Santo Tomé

A caballo entre la plaza de San Salvador, donde se situaba una de las puertas de la judería, y la calle del Ángel, en la actualidad se ha convertido en la imagen más comercial del barrio repleta como está de obradores de mazapán, restaurantes y comercios turísticos.



Casa de las Cadenas

Toledo es una ciudad de leyendas y esta casona de la calle de las Bulas no podía ser menos. A la izquierda de su portón cuelga una cadena recordando que aquí vivía el judío converso que las producía para los presos cristianos del reino nazarí.



Baños del Callejón del Ángel

Pasan por ser los mejor conservados del periodo hispano-musulmán en el casco toledano. Conservan la sala caliente con su hipocausto primitivo, arcos de herradura soportados por columnas de mármol y agujeros en la bóveda a modo de lucernarios.



Iglesia de Santiago del Arrabal

Construida a mediados del XII, las naves del interior, cubiertas por un magnífico artesonado —armadura de par y cuchillo—, sus altos arcos, los tres ábsides y la fachada son tal vez el mejor ejemplo del estilo toledano que plasmó la fascinación cristiana por la plástica de la arquitectura y las decoraciones islámicas.



Arquitectura popular junto a Santiago del Arrabal

El barrio de Santiago del Arrabal (el arrabal del norte que ya existía en época musulmana) es un tranquilo rincón donde aún es posible encontrar ejemplos de la arquitectura popular.



Convento de Santa Fe

Comparte medianería con el antiguo Hospital de Santa Cruz y, vista su exigua fachada a la calle de Santa Fe, el visitante apenas podrá imaginarse las riquezas arquitectónicas que atesora. Desde 2019 alberga la colección toledana del Centro de Arte Contemporáneo de Castilla-La Mancha. A su lado el bar El Trébol, con restos de la muralla andalusí.





Convento de la Concepción Francisca

Situado dentro del recinto que amurallaba el alficén, a medio camino entre Zocodover y el paseo del Carmen, este convento originario de finales del siglo XIII y declarado Bien de Interés Cultural atesora la capilla de San Jerónimo, con su fascinante cúpula, uno de los secretos mejor guardados de la ciudad.



Cigarral de Menores

Es uno de los cigarrales con más historia de Toledo ya que en 1921 el médico y humanista santanderino Gregorio Marañón estableció en él su residencia y recibió a numerosas personalidades del ámbito cultural y político.

Cigarral del Santo Ángel Custodio

Los estudiosos apuntan a que posiblemente sea el cigarral más antiguo de Toledo remontándose su historia a la época romana. Leyenda cristiana incluida, fue monasterio y desde hace pocos años rincón exclusivo para eventos que se abre al público a mediados de mayo cuando la concurrida romería popular.







Pasarela colgante de Polvorines

Siguiendo el Camino Natural del Tajo hasta la antigua Fábrica de Armas se disfruta de un umbrío bosque de ribera y se llega hasta esta pasarela que comunica ambas orillas, entre las actuales instalaciones universitarias y un parque donde antaño se enclavaban los polvorines de la misma.



Senda ecológica del Tajo

A los pies del conjunto monumental toledano esta senda forma parte del Camino Natural del Tajo (recorrido que acompaña el curso del río en la Península): tiene una longitud de 5 km y permite disfrutar de un paseo entre los puentes de Alcántara, donde estuvo el artificio de Juanelo Turriano, y San Martín.



Ermita de la Virgen del Valle

La ermita con mayor devoción mariana de la ciudad es un pequeño templo roquero erigido en el siglo XVII sobre los cimientos de la que fuera Iglesia de San Pedro de Saelicos y San Félix. La tradición la vincula a una covacha de ocupación eremítica precristiana.



Cerro del Bú

Cerca de la Ermita de la Virgen del Valle este promontorio nos retrotrae a los tiempos de la prehistoria: sobre el cerro se data una primitiva ocupación en la Edad del Bronce (2000 a. C.) y una posterior atalaya andalusí amurallada.

Toledo contemporáneo

Llegamos al final de este paseo por Toledo y su devenir secular. El casco histórico es un longevo anciano al que se le amontonan los achaques. Un venerable sabio a quien sus hijos han ido dejando a un lado porque la vida bulle en el extrarradio y allí van concentrándose los servicios y las comodidades. Los estudios demográficos corroboran con sus números y porcentajes la sensación de progresivo abandono. Miro las cifras de un trabajo reciente que, seguramente, no se han desdibujado mucho: en 2017 solo un 11,01% de la población capitalina habitaba en su distrito histórico. Poca densidad y envejecida. Ese es el retrato.

El casco se llena y vacía cada 24 horas. Sístole y diástole. Y, pese al incremento de las plazas turísticas que multiplican las cifras de pernoctaciones, al visitante le queda la sensación de que el turista viene y va desde Madrid en el día. El mismo endémico mal que ha sufrido desde que se convirtiera en uno de los principales destinos turísticos nacionales. Si Zamora no se ganó en una hora, como asevera el dicho, Toledo no puede ser flor de una jornada. Son tantos sus secretos y tan valioso su patrimonio monumental que no merece ser aroma efímero de tal o cual celebración. Hablamos de turismo cultural. Sean bienvenidas las conmemoraciones (la última multitudinaria fue en 2014 cuando se cumplieron los 400 años de la muerte del Greco), pero Toledo, su casco viejo, sigue ahí, adoleciendo de idénticos males a los que se le diagnostican a todos nuestros conjuntos históricos.



Escultura de Victorio Macho. Roca Tarpeya

Cuentan los cronistas contemporáneos que han sido dos las declaraciones más relevantes para la ciudad en las últimas décadas. Declaraciones de amor incondicionales, añadiría yo: por un lado, la que designaba a Toledo como capital castellano-manchega (1984) y, por otro, la que la colocaba en el restringido mapa de las ciudades patrimonio por la Unesco (1986). Por supuesto que ha habido otros acontecimientos reseñables como los planes de ordenación municipal, que a veces azuzaron la voracidad urbanística, o la llegada de la alta velocidad ferroviaria. Me atrevería a incluir uno que me parece esencial: la creación del Consorcio de Toledo.

La capitalidad autonómica, además de una decisión coherente por el peso específico de la ciudad, supuso la instalación del Gobierno castellano-manchego en la misma y el consiguiente despliegue de dependencias. Buen ejemplo es el Palacio de Fuensalida, desde entonces sede del Gobierno regional, pero la lista de consejerías alojadas dentro y fuera del casco no es baladí. La Universidad regional vino al rescate de algunos vetustos edificios sin uso (es el caso de la antigua Fábrica de Armas). El Consorcio redobló esfuerzos y presupuestos para sacar a la luz los restos de su valioso pasado (buen ejemplo es la Cámara Bufa) y, dentro del mismo denuedo presupuestario se dotó al casco con un moderno Palacio de Congresos. Casi a sus puertas, en 2019 se abrió el Convento de Santa Fe al arte contemporáneo. Una manifestación artística que ya tenía Toledo en sus entrañas desde que Eduardo Chillida regalase a la ciudad una de sus célebres esculturas. Toledo, lugar de encuentros.

Palacio de Congresos El Greco

Fue inaugurado en 2012 y su proyecto lo firmaba uno de los arquitectos más prestigiosos del momento, el tudelano Rafael Moneo. Se sitúa en la confluencia del Paseo del Miradero con la calle Real del Arrabal, lo que sirvió para revitalizar uno de los accesos peatonales de la ciudad. Su auditorio tiene una capacidad para 925 personas.

